

GERMINAL



Madrid.....	Trimestre.....	2	pts.
	Año.....	7	—
Provincias..	Trimestre.....	2,50	—
	Año.....	9	—
Extranjero y Ultramar:	Año.....	15	—

Número suelto, 15 cts.—Atrasado, 25
25 ejemplares 2,50 pesetas.

HORAS DE OFICINA: DE 9 A 12 Y DE 6 A 8

La correspondencia al Director gerente

NICOLAS SALMERON Y GARCÍA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Génova, 7, bajo. — Madrid.

No se devuelven los originales.

A los lectores de GERMINAL

GERMINAL anuncia a sus consantes favorecedores que desde el año próximo publicará regularmente en el cuerpo del periódico y en forma encuadernable, folletos de propaganda socialista de los grandes pensadores del extranjero. Nada ambicionamos tanto como el poder servir a la cultura de nuestro pueblo, aportando como un eco el reflejo de la vida intelectual europea. Alternando con estos folletos publicaremos también en la misma forma algunas obras literarias de los representantes más celebrados de las nuevas tendencias en el campo del arte.

SUMARIO

TEXTO

Los hombres de la Revolución (Augusto Blanqui), Ernesto Bark. — *Lazos de amor*, Enrique Heine. — *Estrategia republicana*, A. de Santa Clara. — *Internacionalismo científico*, E. B. — *Por Delorme*, José Fraguas. — *Cuento viejo*, Fermín Pagadizabal. — *Maricuela*, José del Cacho. — *Rápida*, S. — *Los «Malos Pastores»*, Catullo Mendes. — *La Clorótica*, S. Gomila. — *Safo* (fragmento), Alfonso Daudet. — *La rosa* (soneto), P. Cordero Velasco. — *Saturnales fin de siglo*, Francisco Macein. — *Nochebuena*, F. P. — *Polémicas socialistas*. — *Crónica al vuelo*, Julio Poveda. — *Rasgos*. — *Correspondencia administrativa*.

GRABADOS

Blanqui (retrato). — P. S. *Tipos del trabajo. El panadero*. — *Catando el vino*, Lhermite. — *En la ventana*, Meissonnier.

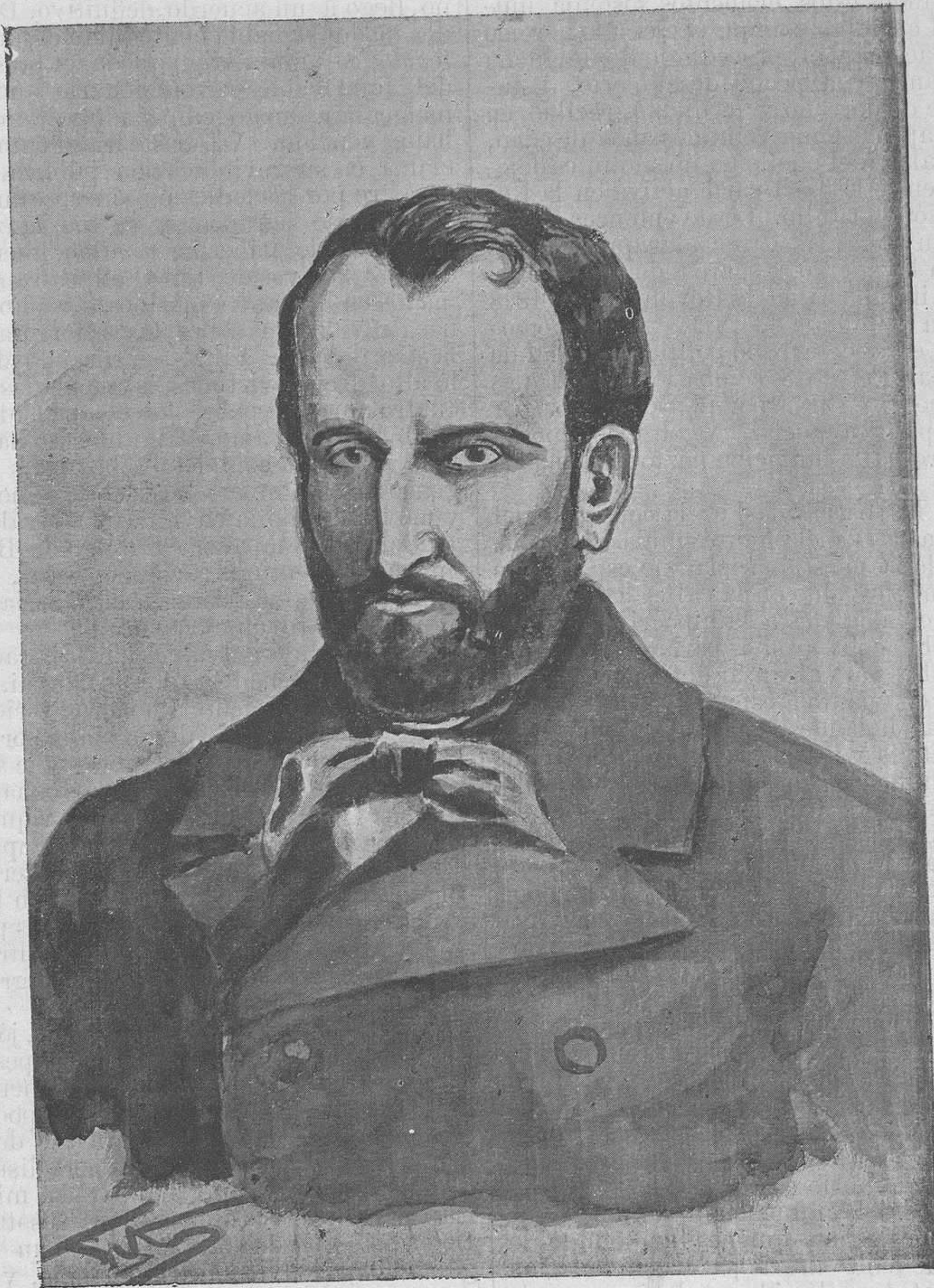
LOS HOMBRES DE LA REVOLUCIÓN

AUGUSTO BLANQUI

EL terror de la reacción durante un medio siglo es el nombre de Blanqui hoy aún, doce años después de su muerte, la bandera del socialismo de acción.

Hijo del consecuente republicano de la Constituyente de la Revolución Francesa, ha quedado fiel a las gloriosas tradiciones de aquel jacobinismo, hermanándolas con el ideal socialista. Representa la Revolución Social como consecuencia lógica y necesaria de la conquista de los Derechos del Hombre, proclamados por aquella grandiosa epopeya. Su vida de mártir es una protesta contra los insensatos que quieren abrir un abismo entre la democracia republicana y la socialista.

Solo ha publicado el libro *Contradicciones Económicas*, que es una crítica enérgica de la sociedad actual; un accidente desgraciado ha destruido sus otros escritos antes de haberlos podido publicar, y tan sólo su vida accidentada queda como una inmensa afirmación para dar fe de lo que pensaba y quería.



BLANQUI

El partido blanquista, que con los brunistas y los independientes de la *Revue Socialiste* de Malon corresponden en Francia a la corriente encauzada por GERMINAL, en España cuenta con el diario y el semanario más importantes de París, *La Petite République* y *La Question Sociale*. Colaboran en la primera los diputados Vaillant, Chauvière, Baudin, sobrino del que murió heroicamente en la barricada de San Antonio en 1851, y el semanario está dirigido por el revolucionario griego, mi querido amigo Argyriades. Hombres todos de vasta ilustración, basan sus conceptos sociológicos sobre el sólido funda-

mento de la filosofía positiva, sin perderse en las utopías metafísicas de Carlos Marx, ni dar a la brillante dialéctica de Proudhon importancia excesiva. Reconocen y admiran los imperecederos méritos de ambos, como fundadores del socialismo científico, cuya obra debemos continuar, aplicando sus enseñanzas a la realidad.

Entre los extremos del anarquismo libertario y el marxismo autoritario, representado en Francia por las agrupaciones de Allemane y Guesde, es esta corriente positivista de Blanqui un intermediario y forma realmente el elemento que puede armonizar y unirles en una inmensa agi-

tación revolucionaria, que arrastra a los espíritus avanzados de los partidos republicanos de antaño hacia los ideales nuevos. Para no restar fuerzas a la revolución evitaba Blanqui las definiciones precisas de las soluciones del porvenir. Las fórmulas vagas y los conceptos generales, dejan libertad para que todos encuentren en ellas su tesis predilecta. Así sucede que hoy aún luchan entre los blanquistas numerosos anarquistas-comunistas al lado de los colectivistas, que forman la mayoría.

A todos estos elementos sostenía unidos el enemigo común, el ejemplo heroico del maestro y el procedimiento de lucha constante y a pecho descubierto. Estudiante de derecho y medicina, recibió en 1827, apenas tenía veintidós años de edad, una bala en el cuello en un motín callejero, y en 1830 toma parte activa en la Revolución de Julio. Desde entonces, se le veía en todas las barricadas que en París se han levantado, y sobre todo, era decisiva su influencia en la Revolución de 1848 y en la *Commune* de 1871, épocas memorables en el desarrollo político y social de Europa. En 1848 combatió por ideales políticos y en 1871 por el socialismo, por la República Social. Y el ejemplo del maestro halló imitación en todos los países.

¡A las barricadas! es la consigna del entusiasta Domela Neuwenhuis. «La solución de la cuestión social no está en los parlamentos, sino en la calle» contesta el agitador holandés a la hipócrita fórmula de Liebknecht «somos parlamentarios en los medios para alcanzar el fin y revolucionarios en cuanto a este fin.» Como los socialistas holandeses, pensaban y obraban los de Italia y Rusia, países donde Blanqui tenía numerosos admiradores. El libertario Hamilecare Cipriani, uno de los garibaldinos que pasa su vida peleando contra la opresión en todas sus manifestaciones, y que acaba de volver de Grecia, donde combatió a Turquía, continúa las tradiciones de Blanqui, instigando por doquiera el espíritu de rebelión.

Blanqui era un eco de la sublime Revolución Francesa, cuyo heroísmo le inculcaba su padre, el austero republicano amigo de Dantón y Robespierre, y diputado de la Convención. Aquel ejemplo de virtud pudo el entusiasta socialista admirar y apreciar durante toda su juventud, puesto que murió en 1832, y sólo aquéllos comprenden la influencia de un padre de estas condiciones, quienes han tenido la suerte de tener uno de parecida elevación de carácter, enaltecida por la fe en grandes ideales progresivos. Aquel Convencionalista había estado perseguido por el terror jacobino, y en la cárcel escribió *Mi agonía de diez meses*, opúsculo de ideas y sentimientos que revelan una gran alma y que habían aliviado durante largos años la prisión de su hijo, que duraba casi cuarenta años, interrumpida sólo por breves intervalos de tregua, aprovechada para organizar la revolución y presentar su pecho al eterno adversario.

¡Cuántas amarguras y cuántos desengaños tenía que sufrir por los mismos correligionarios! En 1848 quiso Blanqui la dictadura radical para cambiar la Francia en el concepto social, como la dictadura de 1792 la había transformado políticamente. Luis Blanc y Cabet, idealistas am-

bos y parecidos a los girondinos con sus vacilaciones y sentimentalismos, se opusieron, y Ledru-Rollín, Lamartine y todos los viejos republicanos vieron en él la encarnación del pueblo, que pedía ¡audacia, audacia y audacia! Para desprestigiar a aquel gigante popular se inventó la patraña más infame. Lamartine, el Emilio Castelar francés, publicaba documentos del ministerio de la policía que, si hubieran sido auténticos, podían empañar el nombre de Blanqui. Un tribunal de honor constituido para averiguar la verdad, no llegó a un acuerdo definitivo. De todos modos se había conseguido el fin apetecido; calumnia, algo queda, el prestigio del implacable revolucionario quedaba momentáneamente empañado y la intriga había vencido. «Yo, triste fragmento, exclama en su reivindicación pública, que arrastro por las calles un cuerpo amortiguado bajo harapos, y se me lanza la acusación de haberme vendido, mientras que los lacayos de Luis Felipe, transformados en brillantes mariposas republicanas, revolotean sobre las alfombras de la Casa de la Villa, censurando desde lo alto de sus virtudes, alimentadas por cuatro amos, al pobre Job escapado de las prisiones de su amo.» Aun hoy no ha habido claridad completa sobre estas vergonzosas calumnias; parece que el nervio y móvil ha sido la envidia y la rivalidad antigua del compañero y amigo de Blanqui en las aventuras revolucionarias, Barbés. ¡Qué página triste en la historia del movimiento revolucionario!

¡Ah! ¡el hijo del famoso magistrado y hermano del senador Adolfo Blanqui, podía aspirar fácilmente a honores y riquezas; y cuando todo lo despreciaba por los ideales, vienen estos miserables y le acusan de haberse vendido por unos ochavos! Hombres como él desprecian la riqueza, pero las almas viles no pueden comprenderles. Su idealismo les parece «tontería.» Blanqui tenía en Rafael Delorme un hermano y correligionario, y a ambos pueden aplicarse las bellas frases de Alfredo Calderón al hablar de nuestro malogrado amigo:

«No, vosotros no lo comprendéis, jóvenes de alma enteca, niños caducos, pescadores de dotes, cazadores de actas, mendigos de credenciales, cortesanos del poder, engendros del favor, turiferarios de la prosperidad, aprendices del servilismo. Vosotros no tenéis ojos sino para su miseria: su grandeza os escapa. Para vosotros, Delorme no ha sido otra cosa que un vagabundo que vivió en la indigencia, y ha muerto en el hospital. Las santas inspiraciones del entusiasmo y de la fe, que hacen de la indigencia un paraíso y del hospital un palacio, no caben en vuestras almas. Vosotros no entendéis cómo el pobre bohemio, con frío en invierno, con hambre todo el año, pudo ser más venturoso, en su breve tránsito por la vida, que el potentado roído de ambiciones o el licenciado hastiado de placeres. Digámoslo parodiando al noble hidalgo de la Mancha, prototipo entero de las grandes abnegaciones: «ni fuera bien que vosotros lo entenderais.»

Idealistas y bienhechores de la humanidad, como Blanqui, comprenden la dicha y las enseñanzas de la pobreza, como lo comprende el poeta Pierre Loti al decir: «Es una cosa verdaderamente exquisita

el haber sido pobre; ¡yo bendigo esta pobreza que me sobrecogió un día inesperadamente después de mi infancia, demasiado dichosa... esta pobreza ha dado valor a mil recuerdos, comunicado mucho encanto a mi vida, y no puedo decir todo lo que me ha enseñado y lo que la debo.» El poeta alemán Bürger dice lo mismo: «Quien nunca comió el pan regado de lágrimas, ignora los grandes misterios del mundo.» François Coppée dijo con razón, que los pobres son los verdaderos ricos. Solo en los calabozos de Luis Felipe, y de Napoleón, y de la Tercera República, era Blanqui más feliz que muchos ricos en sus palacios. Los sufrimientos de los desheredados, de los hambrientos vagando por las calles sin saber dónde descansar, de los naufragos que buscan el último refugio en los hospitales para morir por inanición, de las familias arrastradas al vicio y al crimen por la miseria envilecedora, estos espectros horribles de nuestra sociedad, gobernada por la infame hipocresía que se esconde detrás de las mentiras del «cristianismo» para seguir impunemente explotando la sangre de los hombres y la virtud de las mujeres, estos espantosos cuadros de nuestra «civilización» se habían grabado tan profundamente en el alma del gran revolucionario, no dejándole descansar en la inactividad y haciéndole parecer lujosos la mísera estancia del calabozo y los harapos del presidiario que le cubrían.

¡Qué diferencia entre el egoísmo de los ermitas y monjes del cristianismo, que se retiran a la vida de contemplación para ganar su dicha propia, y el altruismo sublime de los solitarios del socialismo que en las celdas del presidio anhelan la dicha de los demás, de la humanidad, olvidando sobre este noble ensueño la dicha propia! ¡Qué inmensamente más grande es Blanqui en la celda de la prisión, que San Francisco de Asís, el más noble aun entre los famosos egoístas celebrados por el catolicismo!

Ni Bakunin y Lassalle, los grandes agitadores; ni Bebel y Cipriani, los hombres de corazón; ni Krapothin y Sebastián Faure, los soñadores del humanitarismo; ni Marx y Proudhon, los filósofos del socialismo, llegan a la grandeza de Augusto Blanqui, comparable sólo con los legendarios hijos de la Revolución Francesa, que subían sonriéndose al cadalso. Su ejemplo de sacrificios y abnegación constante, comunica al socialismo internacional el heroísmo de las grandes epopeyas de la humanidad, y ahoga los mezquinos egoísmos que quieren apoderarse de la organización socialista, convirtiéndola en un negocio pagado a sueldo, como si el propagandista o agitador del nuevo ideal fuera cualquier cura que vende sus entusiasmos por un puñado de oro. No, los sacerdotes de la religión nueva no pueden, no deben vivir del altar sin manchar su sublime sacerdocio y la causa que representan. Quien no está dispuesto a sacrificios, no sirve para el apostolado de esta religión, que no sólo exige el sacrificio personal, sino hasta arrastra al abismo de la miseria casi siempre a la esposa y a los inocentes hijos, como le ocurrió a la joven que había unido su suerte con la de Blanqui, y que murió desesperada y sola, sin que el eterno preso pudiera recoger su último suspiro.

Hermosas páginas ha dedicado Jules Vallès á estos poéticos amores del joven Blanqui, que parecen á pálidos rayos del sol boreal que ilumina las nevadas llanuras de un paisaje del Norte de Rusia. Tal vez era mejor la prematura muerte de aquel ángel del sufrimiento; porque hay pocas mujeres como la admirable Lucila de Desmoulins, que insistía en seguir á su esposo al cadalso; la regla es que las Beatrices prefieren á la admiración de su Dante la sosegada existencia y abundante mesa de un comerciante, como la célebre joven de Florencia, que inspiró la personificación de las virtudes femeninas en la Divina Comedia.

Terminaré con las palabras que Alfredo Calderón dedicó á la memoria de Delorme, y que tienen aplicación á todos estos bohemios sublimes que de su vida hacen un altar de los ideales:

«Que su vida y su muerte, espanto de los egoístas, sean aliento para los hombres de inteligencia y de corazón. Quiera el destino que esta especie de santa bohemia no se extinga entre nosotros. ¡Y así será! Cuando la última paletada de tierra cayó sobre la fosa, al retirarnos tristemente, parecíanos oír salir del fondo de la sepultura, como promesa de eterna renovación, aquella frase extraña que pronuncia el moribundo lord Gray en *Cádiz* de Galdós:—«¿Crees que he muerto? ¡Ilusión! yo no me muero... yo no puedo morir... yo soy inmortal...»

ERNESTO BARK

LAZOS DE AMOR

En los palacios y en los museos
veréis pintado paladín rudo,
que revistiendo nobles arreos
embraza ufano lanza y escudo.

Pero risueña tropa de amores
lo envuelve en giros de alegre danza.
Echale al cuello lazos de flores
y le despoja de escudo y lanza.

Así entre dulces cadenas muero,
llorando inútil vanas porfías,
mientras esgrimen otros su acero
en los combates de nuestros días.

ENRIQUE HEINE.

ESTRATEGIA REPUBLICANA

Las huestes de la democracia adolecen, ordinariamente, por la falta de una dirección resuelta y audaz, y que sepa aprovechar los errores estratégicos del enemigo. Falta de disciplina de abajo y falta quizá de sabia dirección de arriba, explican la derrota de los republicanos durante veinticuatro largos años.

¿Quién tiene la culpa? Para seguir á un caudillo debe haber en las masas populares entusiasmo por la bandera que tremona y fe en su talento director, y de otra parte es indispensable que los grandes agitadores democráticos tengan fe en los entusiasmos populares. Todo esto supone una labor delicadísima de muchos años y la

conjunción de circunstancias especiales que hacían surgir los Mirabeau y Danton, y en la historia contemporánea los Lassalle, Gambetta, Garibaldi, Kossuth y Kosciuszko.

Por muy explicables que sean, no son menos injustas las impaciencias de las masas democráticas de España. La guerra de la Independencia trajo la noble tradición de los pronunciamientos iniciados por Daoiz y Velarde y Riego, que hicieron de la milicia española la vanguardia de las libertades de la patria. Son aún tan recientes los heroísmos de Prim y Villacampa, que no está permitido afirmar que aquella noble tradición se haya borrado del ejército español, haciendo lugar á un mezquino espíritu de lucro engendradora del favoritismo, que permite á elementos escalar puestos para los cuales no son dignos. Como en la guerra de Africa inflamaba el noble patriotismo de Juan Prim, no faltará un caudillo de prestigio que haya comprendido en la guerra de Cuba que el régimen actual lleva la nación al abismo y á la vergüenza. Nadie tiene derecho en dudar de la patriótica abnegación del ejército, que desde aquellos héroes de la Independencia han sabido cumplir con su deber.

Sin embargo, la democracia organizada en el partido republicano, tiene de su parte el deber de despertar la conciencia de la nación y demostrar la viabilidad del nuevo régimen de la República presentando soluciones claras y prácticas. Ya estamos todos cansados y desengañados de las discusiones de programas políticos, que siempre debían haberse relegado para los Academias y los Ateneos. Hoy se pide soluciones de gobierno, y sobre todo, con referencia á los problemas que más honda é inmediatamente afectan á todo el mundo: de la administración; de la recaudación de impuestos; de la hacienda; de los tribunales, y de las condiciones del trabajo de las grandes masas populares.

Siempre ha sido la base de las reivindicaciones del partido republicano la descentralización económico-administrativa, ó sea la autonomía regional. La Constitución otorgada á Cuba es una victoria nuestra, tan grande tal vez como lo era el restablecimiento del sufragio universal. Esta conquista debe establecerse por todo el país. Galicia, las provincias vascas, Aragón y Cataluña ya están agitándose en este sentido. Es la guerra contra el caciquismo de los oligarcas de la monarquía, que aniquilan la riqueza de las regiones en la Península, como aniquilaron la de Cuba y Filipinas. Es la destrucción de esta infame red de explotación sostenida por el sistema «parlamentario» de las sociedades en comandita Cánovas, Sagasta y Compañía.

La descentralizada Suiza, Inglaterra y Alemania lo demuestran, que este caciquismo no desaparecerá sin el *self-government* regional, sin estos poderosos centros provinciales que reúnan suficientes inteligencias y energías para oponerse al gobierno central, y que al mismo tiempo reúnan tan encontrados elementos locales que no puedan ser víctimas del caciquismo de aldea, como sucedería si las unidades autónomas fueran demasiado pequeñas. ¿Que los carlistas piden también esta autonomía regional? Es una razón más para propagarla, porque le restaría al partido del pretendiente la mayor parte de los

partidarios suyos en el Norte, donde la aspiración regional se confunde con el carlismo equivocadamente, y por incuria de los republicanos, que no hemos sabido propagar bastante nuestros principios fundamentales.

Unicamente sobre la base de una sana y vigorosa administración descentralizada, puede construirse el edificio solemne de una Justicia independiente de todas las intrigas y miserias de la política. Procesos vergonzosos para los tribunales como el del panadero Villuendas sólo pueden tener lugar donde la reacción triunfante se impone á los jueces y fiscales para desprestigiar y ridiculizar la popular institución del Jurado. Bien conocida es esta indigna intriga dirigida por la clerigalla, cuyo instrumento dócil es Silvela y los suyos.

Es indiscutible que Villuendas no hubiera acudido al homicidio si la institución del Jurado funcionara, como lo pedimos los republicanos, en el orden civil, porque estaría seguro que las trampas y enredos de doña Carmen y su esposo serían juzgados con la severidad debida, sin que les valieran nada sus «influencias». En lugar de desprestigiar el Jurado, ha puesto el proceso en evidencia la necesidad de extenderlo de lo criminal á lo civil, para que se corten los abusos de que adolecen nuestros tribunales, y para que la recta conciencia del pueblo aclare los abismos de nuestra Justicia «histórica».

Bien sabe la opinión que la República representa esta honradez en la Administración y en la Justicia, y el país tiene confianza en los prohombres republicanos; pero es necesario que la prensa del partido no desmaye en presentar cada día estas ventajas ante la conciencia nacional. Las ideas son fuerzas, y á un pueblo tan olvidado é impresionable como el nuestro hay que repetir estas verdades sin desmayar, día por día, tomando pretexto de los acontecimientos de actualidad, como el famoso proceso que aún hará que hablar de sí.

La estrategia del partido republicano es sencilla y clara en cuanto á estos problemas, ya discutidos definitivamente. Falta ahora que siga iguales derroteros en la solución del dificultoso problema del trabajo, que cada día se presenta más pavoroso ante la inminente bancarrota financiera de la restauración y la terrible falta de ocupación de millares de obreros del campo y de las ciudades, sumergidos en la más espantosa miseria.

Es asunto tan complicado que merece un estudio aparte.

A. DE SANTA CLARA.

INTERNACIONALISMO CIENTÍFICO

En breve estarán en Madrid el jefe del partido progresista republicano de Alemania, el célebre doctor Virchow, y el representante del positivismo revolucionario de Italia, Lombroso, y de Francia vendrán Brouardel y tal vez Berthelot, y otros guías ilustres de la ciencia moderna. Acudirán al Congreso Internacional de Higiene y Demografía, que tendrá lugar los días 10 hasta el 17 del próximo mes de Abril.

La ciencia positiva es el aliado más poderoso del socialismo, ó mejor dicho, es la misma cosa bajo aspecto diferente.

Al discutir los tres ó cuatro mil sabios del universo sobre las condiciones que deben tener las habitaciones, los talleres y los hospitales, sobre las influencias perniciosas que hacen de las capitales de hoy focos de infecciones, de las medidas indispensables para evitar los estragos del paludismo, labran en el edificio de la sociedad del porvenir y destruyen la sociedad actual, que la Iglesia católica dice haberse instituido por Dios. ¡Vaya un Dios que crea tanta podredumbre y consiente tanta desgracia innecesaria!

Nuestras imbecilidades clericales deben preparar los rayos de excomunión contra aquel Congreso cuyos miembros destruyen aquella fe del carbonero en la divina creación. No hay nada más revolucionario que la ciencia, y en particular el bisturí y el microscopio del médico. Por algo fulminaron los Papas de la Edad Media su anatema contra los discípulos de Esculapio, y por algo son los médicos en todos los países revolucionarios tivistas, con excepción de algunos desgraciados, como, por ejemplo, conocí en Cartagena á un pobre hombre, apellidado Carmelo Más, que se arrodillaba ante la virgen antes de entrar en el cuarto del enfermo.

Tales majaderos habrá pocos entre los quince mil facultativos de España, que son la levadura del progreso, que lleva cada día la buena nueva de la ciencia hasta las más remotas aldeas, á pesar de las maldiciones de los curas, cuyas estafas piadosas de vírgenes «de la leche», y cosas por el estilo, pierden cada día clientes ante las conquistas de aquellos pioneros. Ya acuden las masas populares á los consultorios médicos, y en lugar de esperar la curación de un santo, la esperan de la ciencia, riéndose y burlándose de los vividores piadosos que antes les explotaron con la venia de los gobiernos clericales.

¡Ah, los gobiernos clericales! Los Cá-

novas y Azcárraga profesaban un odio cerval contra el Congreso que se prepara, y si hubieran continuado desgobernando el país, hubiera resultado un escándalo internacional, donde la honra de España quedaría mal parada. En pocos meses hay que reparar el daño ocasionado por los Cos, Pidal, Azcárraga y demás cofrades de la grey reaccionaria, y nosotros tendremos una satisfacción especial en ocuparnos detenidamente de este Congreso de cuatro mil revolucionarios internacionalistas de la ciencia.

E. B.

POR DELORME

(MI ORACIÓN)

Los ecos de tu obra empiezan á sentirse, tu falta se lamenta.

Los camaradas de última hora han celebrado tus funerales con una suntuosidad rayana en el espectáculo. Mariano Belliure, el eximio escultor, immortalizará tu sepultura en el cementerio civil. Y en las noches del invierno, cuando los afectos extemporáneos ó enfermizos se congelan, los eruditos exhumen tu apellido y los correligionarios hacen juegos malabares con tu vida y milagros, yo recordaré aquellas veladas en las que compartíamos la cena, el afecto, la lumbre y la cama de mi cuarto de guardia en las enfermerías del Hospital General de Madrid.

¡Te acuerdas del filósofo clínico, aquel dipsomaniaco de la 22, cuando le creímos abrasado por la indigestión de los dos litros de alcohol, en que para el estudio había sumergido los cerebros de los cadáveres, cuyas autopsias presenciaste?

Si te acuerdas y me atiendes, observarás que te cumplí la promesa de consagrarme al estudio de la regeneración física de las clases sociales, degradadas por la falta de la educación y de la higiene; esos agentes ejecutivos de la socialización económica del transcendental problema de la vida.

Y para que veas que no me arredra ni la ignorancia y estupidez de los consocios de la época, ni los rubores de tu modestia de doncella á la negligé, he de buscar para que se impriman aquellas cuartillas de apuntes del laboratorio de fisiología, á cuyo respaldo bocetaste tu genial *Memoria en defensa del amor libre*, y copiaste las quintillas del *Nocturno*, del mejicano Acuña, para ponerlas en limpio y endosárselas á tu espiritual Jacintilla, que después de tan emocionantes sacrificios para vencer sus desdenes con brillantes formas literarias, resultó que no te correspondía ni contestaba, porque tu letra y pretensiones eran incomprensibles para el zapatero memorialista de la calle de Zurita, intérprete de la ignorancia y de las pasiones de las doncellas del distrito.

Aún escucho tu balbuciente imprecación, cuando enojado por la falta de aseo y método con que destruías tu robusta naturaleza, solía compararte á los feudales ricos-homes que cazaban en sus cotos y dominios reales.

Cuando Chao te encargó los *Aborígenes de América* y yo preparaba mis oposiciones en aquella inolvidable casita, mix-

ta de club, consultorio, redacción y mancebía; en la que la puerta del comedor y del dormitorio estaba abierta para todas las opiniones y necesidades de nuestros amigos, hasta que el casero y el romántico suicidio de Piedrahita nos disolvieron y apesadumbraron. En aquella Nochebuena, que cenamos cinco veces en seis horas de correría por los comedores de amigos y parientes, recuerdo que me convenciste de tu virtuosa sensualidad, trocando los placeres de Venus por las cuartillas de los Aborígenes, mientras la compañera de Isabel, malhumorada y estupefacta, se dormía en el diván de nuestro despacho porque D. Rafael había confesado que no estaba para distraerse.

¡Cuántos meetings políticos, cuántos artículos hemos pensado y escrito en mancomunada! Aquello era socialismo.

¡Qué Juventud Republicana la que fundamos después de los sucesos universitarios de la Santa Isabel, en los que con Ortiz de Pinedo estuvimos presos por radicales y entusiastas! ¡Te acuerdas de aquel millar? pues bien, olvidalos, son unos degenerados por el apetito de goces materiales. Del naufragio de prestigios sólo han ganado la orilla, á pesar del fardo de la idealidad, Colás Salmerón, Menéndez Pallarés, Zozaya, Palomero, Fuentes, Hoyos, Covisa y algunos otros.

¡Será, por ventura, una obra de selección el triunfo de nuestros ideales?

Si fuera egoísta y fanático hasta el extremo de creer que la muerte es reposo en vez de transformación de la fuerza y la materia, casi te envidiaría, querido Rafael, por la felicidad de haberte librado de la baba de la *juventud* contemporánea, tan falta de ideales como sobrada de cinismo.

En diez años, la Universidad ha completado su putrefacción moral. Minerva ni se trata con Apolo, ni conoce á Marte. Malas lenguas propalan que está casada con Mercurio, y se exhibe públicamente con Talía. ¡Qué vergüenza!

La ciencia por la verdad no es del agrado de la juventud contemporánea. Para ella es más transcendental formar cofradías, *juventudes* carlistas y cancelar los títulos académicos por credenciales administrativas.

La burguesía ha minado el templo de los intelectualistas hasta capitalizar el idealismo de la juventud universitaria.

Ahora, querido Rafael, comprenderás que sería una cobardía el envidiar tu muerte y entonarte otro responso que no fuera el de recordar tu ejemplo y decirle á nuestra idealidad:

Si por él puedo servir, aquí me tienes.
Tuyo siempre

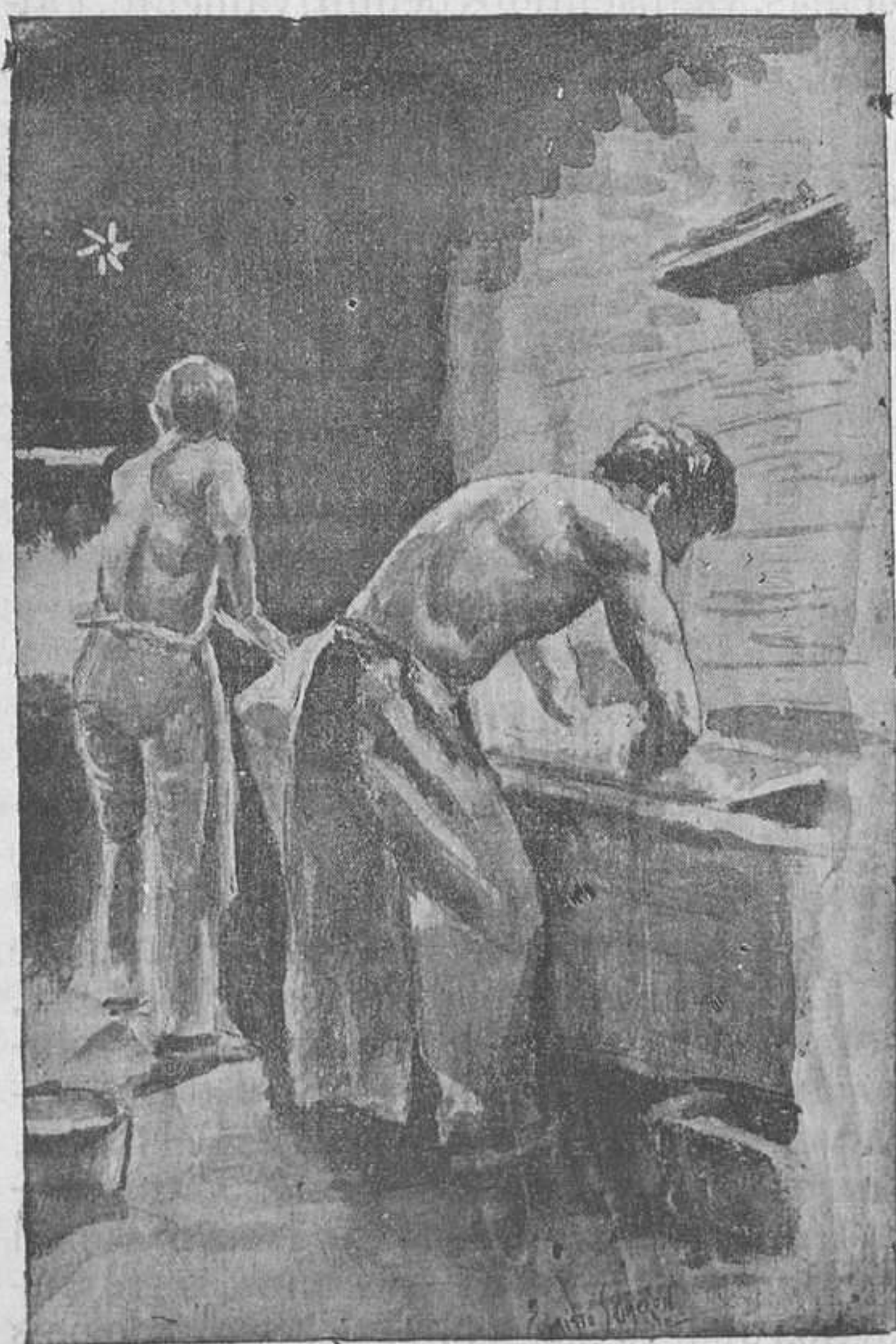
JOSÉ FRAGUAS.

CUENTO VIEJO

I

Un muchacho de nueve primaveras
hijo de un labrador
(hambriento y haraposito como todos
los hijos del sudor),

Fué á confesar, porque á los nueve Abriles
pudieran ya pensar



E. S.—TIPOS DEL TRABAJO.—EL PANADERO.

cosas que no convienen, según dijo
el cura del lugar.

Muellemente sentado mi buen cura
le dijo al infeliz:

— ¡Tus pecados! Y el niño contestóle:
— Sé un nido de perdiz.

— ¿Tiene huevos?

— Ayer por la mañana
tenía veintidós.

— ¿Y dónde está? ¡Dí la verdad, muchacho,
porque te escucha Dios!

Le dijo el sitio donde estaba el nido,
el cura le absolvió,
y el muchacho, radiante de alegría,
del templo se alejó.

Al otro día, cuando á ver su joya
apresurado fué,
viendo al cura que el nido se llevaba
murmuró..... no sé qué.

II

Diez años transcurrieron del suceso,
que al niño hizo pensar.
Ya en hombre convertido, receloso
se vuelve á confesar.

Arrodillado ante el panzudo apóstol (¿?)
el chico empezó así:
— Me acuso, padre, de que tengo novia.
— ¿Y dónde vive, dí?

Recordando que Dios le escucharía,
el joven vaciló.
Y pensando después en lo del nido
dijo: — Pues se mudó.

III

¡A cuántos infelices testarudos
convendría pensar
que es moneda corriente lo del nido
del chico del lugar!

FERMÍN PAGADIZÁBAL.

MARICUELA

POSTULABA todas las noches hasta las últimas horas de la madrugada. Tenía su punto la joven mendiga en la fachada de un asuntuosa vivienda, entre dos columnas adosadas lateralmente á la jambá derecha de la puerta; y desde allí atisbaba á los transeúntes presentando su brazo rígido, envarado é inmóvil, más que á la caridad, á la intemperie, cuando no se llevaba entrambos puños á los ojos, refrotándoselos para ahuyentar el sueño. ¡Y qué interesantes eran los ojos de Maricuela entre aquellas dos ondas negras empeñadas en extender su sombra hasta las cejas! Morena de cutis, acabó por ser negra; pues el fango del arroyo enlodaba sus piernas, el polvo del viento se pegaba al sudor de la cara y de las greñas, y allí donde no llegaban los pingajos del manto de miseria de la mendiga se colaba el sol, el frío y todos los elementos de la tierra. ¡Y á fe que le importaban semejantes intrusiones á la moza! porque, ya lo decía la mocosuela—si muchas señoras empin-gorrotadas, en cuanto me les arrimo, por miedo á que les ensucie sus perifollos

aflojan la guita..... me da la gana de ser puerca.

Y al Paco se le llevaban todas las furias; porque el golfo había puesto los ojos de su querer en Maricuela, y la muy tal, ¡que siquieres! chapoteaba en todos los charcos, manoseaba los quicios de las puertas y allá iban después las manos donde hacían menester, sin licencia de la higiene y escarneciéndolo á la decencia. Luego, cuando llegaba la hora de plegar el veinticinco del *Heraldo*, según Paco, ¡pa el Dios que le dejara meter baza á la mocosa! ¡ni la estampilla de la mano negra! todos los números con el sello de la indecencia. ¡Cuántas veces la hubiera hociado de coraje por desidiosa ó puerca! Pero, ¿quién era el guapo que metía en cintura á aquella corneja?..... los nudillos huesosos de la manirota valían por una buena llave inglesa; y la verdad es que la chica tiraba sus puñadas tan á mala idea, que Paco le disimulaba muchas de sus perrierías... por prudencia. Sea por esta consideración ú otra cualquiera, siempre cedía el golfo aplacando su coraje; y más, al ver como Maricuela corría á la taza de una fuente próxima, y sólo por gustarle á él, sólo á él, zambullía sus brazos en el agua, se lavaba la cara, y entre tímida y gozosa, volvía al lado de su Paco más fresca que una rosa y más colorada que una amapola.

Estas dos golondrinas sin nido callejeaban por Madrid para inspirar el último rasgo de compasión y recoger la última limosna.

A la salida del teatro Martín veía todas las noches á Paco y á Maricuela; pero una de las de invierno cruda y glacial, encontré al golfo acurrucado en el saliente angular de un zócalo batallando con la inclemencia, sin más escudos que su blusilla ceñida al pecho, una mala garibaldina y sus inseparables calzones de pana raídos y rozados, por donde podría imaginarse si la sobada pana hubiera tenido más aguantaderas; pero, ¡á qué imaginar lo que bien á las claras veía cualquiera?...

Paco tenía para estas noches rigurosas en que hasta el cielo parece olvidarse de los pobres que viven en la extrema miseria, una cierta bufanda de lana, especie de mosaico de remiendos donde no servía para criba; que de todo había en el tapabocas del golfo, ventanas cerradas y abiertas; pues bien, para su desdicha, la noche de marras el Paco no llevaba la bufanda y el pobre mozo andaba á mal traer las orejas y la nariz á puro de res-tregones, y pataleaba como un condenado sobre las losas de la acera.

—Paco—le dije al verle—¿y el tapabocas?

—Lo tiene esa—me respondió, señalando la calle donde hallaba apostada todas las noches á Maruja—se lo he prestado movido á lástima, porque se traginea hace días una tosecilla muy perra; ¡ya se ve, señorito! debilidades del sexo; y como esa bruja de la Tenazas es una mala puerca que la consentiría medio muerta en mitad del arroyo, á pesar de ser su hermana, tengo que apencar con el frío pa cubrir á Maricuela con mis propias prendas.

—¿Y quién es la Tenazas?—pregunté al golfo.

—¿Quién? ¡valiente alhaja! se alquila como las manuelas; la muy..... se ha figurado que llegará á princesa, y todos esos humos le vienen desde que se sube al tablado de un cafetín pa que le jalean los puntos cuatro indecencias que se canta, y unas cuantas pataitas que le pega á la vergüenza.

—¿Y dónde está Maricuela?

—Pues, en su palacio pidiendo limosna: lo que es esta noche—añadió Paco moviendo tristemente la cabeza—se la juega, ¡vaya si se la juega!... ¡cualquier cristiano se desemboza para darle cinco céntimos á la mocosa!... ¡Con que, hasta que junte la peseta!... ¡Antes nevará!... ¡maldita bruja!... ¡será capaz de no abrirle la puerta!...

—De modo—le dije tratando de atar cabos ó exclamaciones—que la hermana de Maricuela la obliga á mendigar, y el dinero que recoge...

—Se lo roba esa tiñosa—me interrumpió el golfo, cerrando el puño con expresivo ademán de cólera...

Calle abajo distinguí á Maricuela en el umbral de su palacio, tendida boca abajo de lado á lado de la acera. Más cerca de ella, comprendí que buscaba algo...; algo que la infeliz buscaba en vano embutiendo casi toda la cabeza en el husillo de una alcantarilla.—¿Qué buscas, Maricuela?—le pregunté cuando llegué junto á ella. La niña levantó entonces la cabeza, y en su rostro de miseria, amoratado por el frío, vislumbra una esperanza.

—¡Ah, señorito!—respondióme Maruja—¡se me ha caído!... rodó de canto... ¡y era de á diez!... ¡maldita sombra!... pues antes me hieló que volver á casa sin la peseta...

—¿Cuánto te falta, Maruja?—pregunté á la chicuela.

—Los diez que se han colado por la alcantarilla; ¡si parece que hasta los perros grandes se tienen á menos de alternar con los pobres!...

—Toma, y lárgate á dormir, que estás tiritando, criatura.—Le entregué los diez céntimos, me dió las gracias envueltas en una mirada empañada por el frío ó por la gratitud, y á buen galopar, corrió la pobre mendiga á buscar su nido de miseria, donde, hermanada con el vicio, el vicio le exigía para albergar su raquitismo infantil los residuos de generosidad que había juntado en veinticuatro horas de indigencia.

Ausente de Madrid, perdí de vista durante algunos años á aquellas dos criaturas infelices que llevaban el germen de su amor oculto bajo el manto haraposo de la miseria; cuando regresé á la corte, ni Paco voceaba el *Heraldo* á las puertas de Martín, ni pedía limosna en el intercolumnio de su palacio la avispada Maricuela.

Cruzaba una noche la plaza de Isabel II á la hora en que empiezan á afluir los carruajes blasonados de las aristocracias; ya estaban encendidos los generadores que calefaccionan el teatro Real, y sobre el enrejado que sirve de respiradero á los sótanos, un enjambre de golfos se empujaban y atropellaban, abusando los más forzudos del derecho de la fuerza, para recibir en sus cuerpos entumecidos el vaho templado que radiaban las calderas. Pen-

sé, al verlos, en los pajarillos que descienden hasta las últimas ramas de los árboles, para dormir junto á los fanales de los reverberos ó en torno de los arcos voláticos que trasnochan. Luego recordé á Paco y su Maricuela, mis amigos de antaño, á quienes el amor y la edad debían haber aproximado para siempre ó... Y al llegar á este punto de mi soliloquio, topé de manos á boca con un transeunte que había plantado en la esquina de la acera. Cuando alcé la cabeza dispuesto á disculpar mi distracción, el joven con quien había tropezado, agarrándome bruscamente del brazo, me señaló una lujosa berlina que á todo trotar marchaba hacia la plaza de Oriente; dentro, ví un busto de mujer joven y hermosa; destacándose entre neblinas de gasas y fulgores de joyas; mas antes que pudiera expresar el asombro de tan inesperada visión, oí la voz conocida del joven, que me decía:—¿la ve usted?... ya no necesita mi tapabocas.—Y el desgraciado Paco añadió con un acento indefinible:—¡Dios mío! ¡Cómo he mosde ser honrados, si hasta eso nos roban!...

Pero Paco sigue siendo honrado á pesar de su hermosa protesta; y ella, repitiendo la frase pintoresca del inocente golfo que le entregó toda la virginidad de un amor infantil... «se alquila como las manuelas.»

JOSÉ DEL CACHO.

RÁPIDA

FINIS HISPANIE

Un soplo gigante de nuevos idealismos estremece y agita el viejo mundo; la humanidad civilizada, como atormentada por los dolores del alumbramiento de una sociedad nueva, busca, indaga, investiga la orientación de la nueva vida. El pensador, el hombre de ciencia, el artista, se afanan por interpretar y dar forma al vago presentimiento de un porvenir que empieza á vislumbrarse.

Y aquí, en España, amarrados á la tradición como el esclavo á su cadena, no percibimos de todo ese lento trabajo de eclosión que se opera en las conciencias, más que las superficialidades externas de lo que ha dado en llamarse *modernismo*, siendo en realidad una retrogradación al misticismo religioso.

Y así, en medio de los grandes problemas que agitan el espíritu contemporáneo, España, incapaz de adaptarse á las nuevas condiciones de vida, nada aporta á la obra general, ofreciendo el tristísimo espectáculo de un pueblo que agoniza y de una raza que se extingue.

S.

LOS «MALOS PASTORES»

DE OCTAVIO MIRBEAU (1)

OCTAVIO Mirbeau significa la impetuosidad! ¡Ante la torrente del río no pierde el tiempo en buscar el vado,

(1) Los lectores de GERMINAL conocen algunos capítulos del *Calvario* de Mirbeau, quien con León Cladel y Aurelian Scholl, representa el socialismo militante en la bella literatura francesa.

se precipita en el peligro, se arroja al agua, llega á la otra ribera con un hurra de triunfo que reta á otros torrentes!

Así nos aparece en sus violentas novelas, llenas del tumulto de almas apasionadas, y así sus artículos entusiastas, sangrientos, tiernos y á la vez feroces; siempre generoso, hasta el punto que la generosidad raya á veces en la injusticia.

Yo me extasíé ante este exceso; esta condición indispensable del genio, siempre me ha arrebatado, hasta cuando me puso furioso por alguna admiración barocca ó alguna rabia histérica; me cautivaba este prodigioso violentador de las inteligencias, que sacude las preocupaciones y destroza con grandes gestos de loco la enorme telaraña social, cuya araña se parece á un terrible tigre-vampiro.

También me encantaba, y tal vez sobre todo lo demás, por otra cosa: este brutal revolucionario de ideas es un artista de la frase, muy certero y muy paciente, que maneja con extrema delicadeza las palabras; el atrevido que se opone á la sociedad es tímido ante la sintaxis; es el destructor más desenfrenado y el escritor más correcto; y como Goethe, según la frase de Teófilo Gautier, tendido en su diván de Weimar, aislándose del mundo, atormentarse por un ritmo ó una sonoridad; el terrorista es un miniaturista; el guillotinator es un conservador del estilo, y el libertino en algunos de sus idilios es un Juan Marat por su rigidez de costumbres. ¡Pero siempre tiene razón cuando se trata de la Belleza! y cuando se equivoca le sirve la Belleza siempre como pretexto del error.

Confieso que he esperado de Octavio Mirbeau, en su tentativa de conquistar el teatro, alguna obra altiva, y en algunas artes soberbia; pero en otras defectuosa por originalidades singulares. Mis esperanzas todas fueron superadas, y mis temores vencidos, porque el autor de *Malos Pastores* (*Mauvais Bergers*) no ha renunciado de sus hermosos arrebatos hacia el absoluto, ni de su acostumbrada atrocidad hacia los que no comulgan con él, ni de sus artísticas finezas de lenguaje, y ha demostrado en su primera obra dramática una imparcialidad del pensamiento, una equidad de conciencia, un poder de conmover, y un sentimiento del orden artístico, absolutamente incomparables.

¡Por qué no osar emplear las grandes palabras cuando se trata de grandes cosas? Me parece que por la sencillez y amplitud de la concepción primera, por el lógico desarrollo de la acción, donde cada momento exige el momento siguiente, como en el engranaje irresistible del eterno destino, por la intensidad de los sentimientos humanitarios en todos, absolutamente todos los personajes, símbolos por cierto, pero seres vivos ante todo, y por la inmensidad del Amor, y por la inmensidad de la Piedad,—Amor y Piedad, estos lirismos que son el bálsamo de la eterna llaga de los mártires—el drama de Octavio Mirbeau merece el nombre de obra maestra.

¡Eh, eh, ya sé yo que gusta poco esta pieza, menos que la piececita del café cantante! ¡Y se oíen máximas que no suenan bien para muchos oídos! Sin embargo, insisto en creer que es una obra que, después de haber conquistado las inteligencias elevadas y sinceras en Francia, lle-

vará á todas las naciones de Europa la nueva que el genio trágico de nuestro país no ha muerto.

¿Que es una pieza siniestra y negra y que termina por una terrible destrucción en las sombras? ¡Ah, el castigo es la justicia y el martirio es la esperanza! La obra no dejaría de ser menos hermosa si la cubrieran las tinieblas de la noche.

¿Quién es Juan Roule? Es el ciudadano del país universal de la Miseria. En todas partes se ha encontrado en su patria, ha recorrido el universo entero y sólo ha podido pasar como fugitivo en el destierro del trabajo equitativamente pagado y del bienestar, destierro que es su única y vasta patria verdadera. Es un ignorante que sueña: sueña que el mal no es el bien, que no es justo el hambre, la sed y la muerte de los pobres después de todo el vano trabajo de su vida.

Bien sabe Juan que no sabe nada; pero no puede dejar de hacer creer á los otros que sabe algo; es como un apóstol que anuncia á un dios á que está esperando, y en este saber se mezcla un poco de orgullo de ser más sabio que los á quienes quisiera salvar de la ignorancia de desconocer los medios de su salvación. Pero Juan es un corazón tierno, ama á todos los desgraciados y á una mujer, una joven, Magdalena.

Hija de obreros de fábrica, cuida Magdalena á su hermanito y su hermanita, y arregla los vestidos de los padres cuando éstos duermen. No está muy robusta, ni es bella; tal vez sería bonita si no estuviera tan cansada. No es un alma complicada, es un alma de nada, de las de las monjas, que nunca han comprendido las palabras de sus oraciones y que se salvan por haberlas rezado sin distracción.

Juan Roule viene y ama y es amado en seguida. ¿Por qué? porque ama. Es tan sencillo ser amado, basta amarse á sí mismo, pero esto es difícil á mucha gente. Yo quisiera saber dónde está el perfecto imbécil que en el momento en que Roule abraza con su amor y con sus ensueños á la pobre obrera, antes tan resignada, arrastrándola hacia su ideal y dedicándola al desastre, no le dijera que es un canalla y un imbécil. Roule no lo creería, y esto es lo terrible. Y la madre de Magdalena agoniza, y la muerte entra en la choza obrera, extendiendo el aliento del sufrimiento en aquel aire pestilencioso del humo de la fábrica.

En esto se declara la huelga. Juan Roule ha hablado ante cinco mil obreros de la fábrica que se declaran en huelga. Los patronos se intranquilizan poco y no creen en el peligro. ¿Cómo pudiera haber una huelga donde nunca la ha habido? Así razonan los que viven sobre un volcán aparentemente apagado. ¡Una erupción, bah, nunca la ha habido! Después sobreviene Pompeya.

Poco me gusta la escena de la conversación de los patronos á los postres de la comida. Sé bien que era difícil de precisar y singularizar los personajes destinados á desaparecer apenas presentados. Me parece que Octavio Mirbeau ha empleado aquí con demasiada moderación su poderosa ironía, pues les hubiera deseado más grotescos, más farsantes, más siniestros á estos monstruos brutos. Pero hay en este segundo acto una escena desgarradora é infinitamente bella; la joven Genoveva Har-



LHERMITE.—CATANDO EL VINO.

gand, hija del fabricante, presenta en un cuadro vivo á una vieja, la pobre madre Cathiard, y se extraña del odio de verdad, aunque inconsciente, de las miradas de su modelo, á pesar de haberla dado una limosna. ¡Ah, qué siniestro, qué terrible!

Después va el drama de prisa. Es la huelga con la *Carmañola*, que cantan en las calles, arrojando por las ventanas del palacio sus rudas carcajadas como piedras. El patrón Hargand se despierta; es uno de los tipos trágicos más hermosos creados por el arte dramático. Hay que buscar en el augusto Corneille un alma en que se libran tan terribles combates. Una larga costumbre de toda una vida y el deber de no abandonar á los otros patronos, cuyo ejemplo y salvaguardia representa, le obligan á luchar contra la miseria, que al fin se rebela, sintiendo en sí el reproche por la justicia de las reclamaciones obreras, y encontrándose en presencia de su hijo, generoso, pero vacilante, á quien inclina para hacer concesiones á la huelga una ternura del alma y un sentimiento de los deberes nuevos hacia sus subordinados.

¿Hay muchas situaciones de mayor poder trágico y más dignas de angustia y de admiración? El patrón Hargand no lucha sólo contra su hijo; Roberto es más que su hijo, es la mejor parte de su propio ser, es la forma viva de sus dudas, de sus vacilaciones, de su misericordia; y cuando después de haber despedido á los delegados obreros, despide también á Robert, rechaza, más que á su hijo, rechaza á su conciencia, y lo irremediable se aproxima

ma por el son de los clarines de la tropa, que viene á «pacificar» la huelga.

Pero los huelguistas ya no creen en Juan Roule. Tienen hambre y le reprochan de haber rechazado el protectorado de los diputados socialistas, que hubieran remitido recursos. Amenazado, y á punto de ser estrangulado por los amotinados, á los cuales dirige una arenga en el bosque defendido por el encanto de Magdalena, censura Juan Roule, tal vez en el delirio del despotismo, furiosamente á los diputados que se sirven del pueblo en lugar de servirle, y me parecía oír los famosos versos de François Coppée: «Estos vestidos negros están hechos para los tiros».

Creo que esta vez se equivoca Mirbeau: ¿No fueron la mayor parte de los libertadores de la humanidad pobres seres sin fuerza, que soñaron y anunciaron la alborada? Los altos vuelos del águila no sirven para nada. Hay que tener la mirada humanitaria, y la voz que profetiza. Y después viene la acción que realiza la profecía.

¡La palabra es que indica el porvenir! Entre Juan Roule y la rabiosa multitud se erige Magdalena, la mansedumbre sublime, la eterna ternura femenina. Sólo la mujer conoce las palabras que aplacan las cóleras y hacen soportar el hambre y aceptar el martirio. ¡Es tan bella y dulce, y á la vez tan arrojada al peligro y al suplicio y á la muerte! Llorando, arrastra los demás, y sobre todo sonriendo; y las futuras víctimas aprenden de sus labios la sonrisa extasiada del sacrificio. No conozco nada más hermoso que esta victoria

de la debilidad sobre la fuerza, el odio encarnizado; parece que María había confiado á Magdalena el cuidado de domar la hidra.

¿Qué sucede después? El desastre inevitable, el único fin lógico de los odios y también de los amores. La huelga se arrastra en medio de las ruinas; se buscan los cadáveres. «Mi hijo, mi hijo Roberto», grita el fabricante Hargand. Había querido intervenir y la tropa lo ha matado. Sobre una camilla llevan también el cadáver de Juan. Entre los sollozos de la esposa oyense los del padre.

Magdalena tiene una esperanza: el hijo de Juan que lleva en el vientre, que se mueve, que vivirá y que será el vengador. Ni siquiera esta esperanza queda, porque Magdalena muere de la herida. ¡No hay porvenir!

Confieso que la conclusión es desoladora, trágica, pero lógica é inevitable. Y el desastre de los débiles más numerosos ante los fuertes mejor armados, será el resultado inevitable de los conflictos sociales, mientras que bajo la sombra de la bandera negra que ondea sobre la obra de Mirbeau en la cúspide de la sociedad moderna, no extienda sus alas la paloma de la fraternidad.

Y Sarah Bernhard, cuya gloria es tan cara á la Francia como las poesías de Victor Hugo, sabía, con una voz desgarradora, que salía del alma, calmar la multitud, y precipitar después al martirio como una Juana de Orleán. ¡Quien no la ha oído no sabe lo que el pecho de una mujer puede encerrar en fuerza, bondad,

amor, rebelión é ideales! Ah, ella sola puede atreverse á decir á aquellos espectadores que son los estómagos repletos, los vencedores, los cráneos vacíos, el ¡quos ego! de la revolución próxima, diciéndoles: «Esto me gusta», dejando ondear sobre París la bandera negra del verdadero drama popular.

CATULLE MENDES.

LA CLORÓTICA

HACE un frío intenso. Tras los cristales del balcón ve el transeunte un rostro lívido. El viento silba, las hojas de los árboles van cayendo... ¿De quién es aquel rostro, ó qué es aquel rostro: sér animado ó busto pétreo? Si lo primero, mal está sin duda; el hoyo pronto tendrá que ver con él. Ese es el color de la muerte.

La curiosidad es pasajera, el frío intenso; caen las hojas, el viento silba... Lo dicho: la muerte ronda la casa... El transeunte deja de ver tras los cristales del balcón el rostro lívido.

Dentro de la modesta, pobre habitación todo es tristeza. Una voz clama: ¡Madre mía! El cuerpo, casi exangüe, tiembla de frío. ¡Ni lumbre para templar tanto rigor!...

El sufrimiento no ha conseguido borrar completamente los hermosos rasgos de una faz cetrina. El viento silba, siguen cayendo las hojas... pían los pájaros como buscando un refugio que antes solían hallar... y el cuerpo no puede moverse para auxiliarles. Dentro de la modesta, pobre habitación todo es tristeza.

Pasó en la fábrica su niñez. ¡Qué ambiente para nutrirse lo tierno! La miseria ó el egoísmo,—¡quién sabe!—llevó sin repugnancia á la impúber donde ni oxígeno, ni esparcimiento había de encontrar para su desarrollo. Las partículas mal sanas, átomos invisibles, gérmenes perniciosos, en el ambiente; un local tetrico, con escasa luz; un vaho deprimente, nada de lo que ensancha los pulmones; acre olor de sobaco, de aceites, grasas, materias mil para la industria; polvillo de algodón,—especie de polen mortífero,—ó emanaciones pútridas; ruido ensordecedor, movimiento desusado... Y entre todo esto, lo delicado, lo infantil, sonriéndose, agitando, tal vez astricto á un esfuerzo desproporcionado...

¡La niñez en la fábrica!... ¡qué ambiente para nutrirse lo tierno!...

El contacto, impuro; el ejemplo, ruin. Mucha fatiga y escasa moralidad, lo depravado quizás junto á lo inocente... Los grandes centros fabriles son terribles. ¡Oh progreso de la industria, qué admirable y á la par qué pernicioso!... Ese cuerpo escualido creció allí, despacio y mal... No podía ser otra cosa. En lo económico dióse un paso de gigante; en lo moral un salto hacia atrás. En auxilio del lucro va la escasez, cuando no el absurdo. El menor

coste de producción facilita la adquisición; las máquinas permiten un ahorro... y la inhumanidad otro. El primero es loable, el segundo repugna. Centralizando la labor, se obtiene lo dicho: contacto impuro, ejemplo ruin; más fatiga que moralidad.

En la sangre faltan glóbulos rojos y sobra la linfa. No asoman las delicadas formas y está en la edad en que el amor, despertando, borra á la niña y esboza la mujer con todos sus encantos. La vida sólo se descubre en los negros y grandes ojos que irradian como dos luceros en una tez mate. En lo demás, apenas si hay fuerza, movimiento y voz. Queda sólo el lenguaje del alma. Por esto los ojos miran mucho, mucho, viendo cómo caen las hojas y en remolino incesante muévense. Mirar y nada más que mirar: piernas, brazos, pecho... sin vigor, sin aliento casi.

Faltan en la sangre glóbulos rojos y sobra en cambio la linfa.

—«Mucho alimento, aires sanos, tónicos activos, reconstituyentes enérgicos,—dice el doctor. La enferma tiende al cielo la mirada, junta penosamente las flacas manos y suspira. ¡Ah! menos mal si no carece del para ella asequible bodrio... Y piensa mucho, mucho... más que come. ¡Siempre hizo lo mismo, esta es la verdad! Ya entre el bullaje del obrador cavilosa anduvo pensando continuamente... ¡en tantas cosas, cielos!... en algo que no podía explicarse... fosforecencias infinitas, sin fijeza alguna... Se cansaba tanto, á veces, y le daba tal empacho el decirlo!...

Tiembla... una convulsión la agita... hace mucho frío, y apenas si se la oye gemir:—«¡Oh, madre mía!... mucho alimento, aires sanos, tónicos y reconstituyentes, dice el doctor!...»

Antes, la medicina era fácil: muchos cuidados, algo más de cariño y nada de esfuerzos bruscos; tranquilo sueño y no la agitación; recogimiento en vez de callejeo, limpieza en lugar de suciedad y, sobre todo, nada de correr en las madrugadas de invierno, con lluvia ó sin ella, al oír el toque de la campana...

¡Hallar el desarrollo sin sol apenas, sin los mimos del céfiro la flor galana!... Entonces, entonces tú, cicatero fabricante, pudiste anular al médico no admitiendo en tus cuadras á la niñez. Antes sí, era fácil la medicina.

¡Ah!... ¡cuándo vió el cielo como ahora? ¡Nunca! Aunque plomizo, y con claridad escasa, qué encantador le parece!... El viento continúa silbando, el frío es intenso, cada vez mayor... y la enferma suspira, reza, piensa en la Santa Madre de los cielos.

La muerte sigue rondando, atisba, desaparece para volver... Las hojas van cayendo, cavendo... La joven anhela vivir, no así, sino pujante, con fuerzas y vigor... Porque antes, en muchos años, ¡qué poco pudo contemplar el cielo! Y ahora sí, ahora le ve, aunque plomizo, qué encantador, Dios justo!...

Teme las largas noches del invierno. ¡Cuántas vueltas dan las ilusiones y cómo halagan el espíritu!... Se amodorra, se duerme y sueña. ¡Soñar bendito! Ya se ve sana y robusta, á sí misma se da gozo. El dulce impulso de algo sensible la conmueve, nota una sensación gratísima por todo su cuerpo gentil; matizan su faz bellos carmines y oleadas de dicha la remontan á lo alto. ¡Cuánto descubre! Acabó el aplamamiento, la modorra, la total indiferencia; y aquellas horribles ganas de llorar trocáronse en risueñas esperanzas... Ama. ¿A quién, á qué?... A todos y á todo. ¿No nació de amor y para el amor?...

¡Cuántas vueltas dan las ilusiones, y qué largas las noches de invierno!...

Luce ya sus galas la primavera. Natura despertó... y también el infortunio. ¿Para qué despertar, pobre mártir?... Ni silba ya el viento, ni las hojas caen, ni los pajarillos buscan refugio... El aire aporta armonías, los árboles verdean, los pájaros cantan bulliciosos, saltones. Y en el magnífico concierto, la nota discordante es la clorosis rebelde consumiendo á un ángel. ¡Cuántos suspiros y qué deseos de volar á la ventura!

¡Ay, imposible la inmersión en el baño de rosas, en el hermoso y pintoresco lago de la dicha! Ve pasar por la calle alegres y robustas jóvenes, placenteras, rozagantes. ¡Qué importa que luzca sus galas la primavera, que despierte Natura, si también despertó el infortunio!...

¡Torna á la vida, hermoso capullo! Sólo el amor puede operar el milagro. ¡Dios piadoso, remedia el crimen! La flor galana recobre el perdido reposo y cese el rigor de la desdicha. Si el mundo consiente iniquidades, ¡salva á las víctimas inocentes! ¿O es que decides llamarla á tu seno, donde halle el premio, la recompensa del martirio en lo perdurable?... Aquí pudo ser ángel; séalo, pues, en la Gloria. O anéguese en el amor humano, que cura, ó vuele al amor divino, que eterniza.

¡Torne á la vida el hermoso capullo! Sólo el amor puede operar el milagro.

Tras los cristales del balcón ya no ve el transeunte aquel rostro lívido. Otra vez silba el viento y caen las hojas dejando desnudos los árboles. ¿Qué fué de aquella figura lastimosa? Duerme el sueño eterno. La muerte ya no ronda la casa, las avechillas sí, vuelan en busca de refugio y baten con sus alas los vidrios. El frío es intenso... ¡Acelera el paso, oh curioso, que esto es ya un erial, un páramo sombrío!... Todo pasó. A lo lejos, el ruido de la gran fábrica atrae... ¡Quién sabe si otros tiernos seres trabajan allí para una muerte prematura!...

Tras los cristales del balcón ya no verá jamás el transeunte aquel rostro lívido...

S. GOMILA

Barcelona.

FRAGMENTOS

(DE LA NOVELA «SAFO»)

Un domingo del mes de Abril Fanny llegó más adornada que de costumbre, con sombrero y traje de primavera, sencillo, porque no era rica, pero amoldado á la gracia de su cuerpo...

—Vamos pronto. Te llevo al campo.

—¿Al campo?

—Sí, á Enghien, en la quinta de Rosa...

Nos ha convidado á los dos... Dije que no, primero, pero ella insistió. «Rosa no la perdonaría nunca una negativa, bien puedes acceder á mi obsequio... Me parece que por mi parte hago bastante...»

A orillas del lago de Enghien, ante un inmenso cesped que descendía hasta el puertecillo en que se balanceaban algunas canoas y góndolas, veíase una gran casa suiza, maravillosamente decorada y amueblada, y cuyos techos y planos realzados como espejos reflejaban el chispear del agua, las magníficas glorietas de un parque ya cubierto de un verdor temprano y lilas en flor.

Las correctas libreas de la servidumbre y las alamedas limpias, en que no se veía una ramita tirada, honraban la doble vigilancia de Rosario y de la vieja Pilar.

Estaban ya sentados á la mesa cuando llegaron...

Juan acabó de perder su aplomo ante la fría acogida que le hizo la dueña de la casa, furiosa porque la habían hecho esperar, y el aspecto extraordinario de las viejas tarascas á quienes Rosa le presentó con su voz de carretero.

Tres «elegantes», como se designan entre sí las busconas de lujo; tres antiguas perdidas, que figuraban entre las glorias del segundo Imperio, de nombres tan famosos como el de un gran poeta ó un general victorioso: *Wilkie Cob*, *Sombreuse*, *Clara Desfous*.

Elegantes, cierto que eran siempre, vestidas á la última moda, con los colores primaverales, deliciosamente prendidas desde el cuello hasta las botinas; ¡pero ajadas, pintadas y remendadas! *Sombreuse* sin cejas, muertos los ojos, colgante el labio, tanteando alrededor de su plato, de su tenedor, de su vaso; *la Desfous* enorme, llena de barro, con una bola de agua caliente á los pies, poniendo sobre el mantel sus pobres dedos torcidos y gotosos, con sortijas brillantes, tan difíciles y complicadas en su entrada y salida como los anillos de la cuestión romana. Y *Cob* muy delgada, con cintura juvenil, que hacía más asquerosa su cabeza descarnada de clown enfermo, bajo unas greñas de estopa amarilla. Esta, arruinada, embargada, había ido á tentar el último golpe á Monte Carlo, y volvía sin un cuarto, rabiosa de amor por un ruletero guapo que la había despreciado; Rosa la recogió, la mantuvo y de ello se envanecía.

Todas aquellas mujeres conocían á Fanny y la saludaban con protector saludo. «¿Cómo va, chica?» La verdad es que con su traje de tres francos el metro, sin más alhajas que el rojo broche de Kuyper, parecía una recluta entre aquellas espantosas veteranas de la busconería, y aquel marco de lujo, toda la luz reflejada del

lago y del cielo, entrando mezclada con olores primaverales por las puertas del comedor, las hacía más espectrales aún...

Sirvióse el café á orillas del lago, una gruta de rocalla, tapizada interiormente con sedas claras que marcaban el movimiento del agua, uno de esos nidos de besos, de liciosos, inventados en los cuentos del siglo XVIII, con un espejo en el techo que reflejaba las actitudes de las viejas, tumbadas en el ancho diván, entregadas á un desmayo digestivo, y de Rosa, que con las mejillas enrojecidas bajo el afeitado, se desperezaba apoyada en su músico.

—¡Oh! ¡*Tatave* mío!... ¡*Tatave* mío!

Pero este calor de ternura se evaporó con el de la *chartreuse*, y la idea de un paseo en lancha ocurriósele á una de aquellas señoras, por lo cual envió á Potter á preparar la lancha.

—La lancha, sabes, no la noruega.

—Si llamara á *Desiré*...

—*Desiré* está almorzando.

—Es que la lancha está llena de agua: hay que achicar; es un trabajo...

—Juan irá con Ud., de Potter... —dijo Fanny, que veía venir otra disputa.

Sentados frente á frente, con las piernas separadas, cada cual sobre un banco de la lancha, achicándola activamente, sin hablarse, sin mirarse, como hipnotizados por el ritmo del agua, que saltaba de los dos achicadores. A su alrededor, la sombra de un gran ébano caía con una frescura olorosa y se cortaba en el lago, resplandeciente de luz.

—¿Hace mucho tiempo que está usted con Fanny?... —preguntó de pronto el músico deteniendo su tarea.

—Dos años... —contestó *Gaussin*, algo sorprendido por la pregunta.

—¡Solo dos años!... Entonces lo que está usted viendo hoy, acaso pueda servirle de enseñanza. Yo hace ya veinte que vivo con Rosa; veinte que al volver de Italia, después de mis años de pensión en Roma, entré en el Hipódromo una noche y la vi de pie en su carrito dando vueltas á la pista, cayendo sobre mí, látigo en mano, con su casco de ocho puntas y su cota de escama de oro, que la ajustaban el talle hasta medio muslo. ¡Ah! si me hubieran dicho!...

Y volviendo á vaciar la lancha, contaba cómo en su casa riéronse al principio de aquellos amoríos: luego, haciéndose la cosa seria, relataba con cuántos esfuerzos, súplicas y sacrificios hubieran pagado sus padres una ruptura: dos ó tres veces separáronle de aquella mujer, haciéndola marcharse á fuerza de dinero; pero él se reunía con ella siempre. «Probemos los viajes...» dijo la madre. Viajó, volvió y tornó á meterse con ella. Entonces se dejó casar: mujer bonita, rico dote y la promesa del sillón del Instituto en la canastilla de boda... Y tres meses después dejaba su nueva familia por el antiguo lazo... «¡Ah! joven, joven...!»

Contaba su vida con voz seca, sin que un solo músculo animara su rostro, rígido como el almidonado cuello, que se mantenía tan erguido. Y pasaban las barcas llenas de estudiantes y de mujeres, rebotando canciones, risas, juventud y embriaguez: ¡cuántos, entre aquellos inconscientes, hubieran debido pararse á escuchar aquella espantosa lección...! Mientras tanto, en el kiosco, como si fuera consigna dada para

procurar su ruptura, las viejas predicaban juicio á Fanny Legrand...

«Era lindo el pequeño... pero sin un cuarto... ¿á qué conducía aquello?»

—En fin, yo le quiero!...

Y Rosa, encogiéndose de hombros, decía: «Dejarla... va á perder su holandés, como la he visto perder todos sus buenos negocios... después de su historia con *Flamant* procuró ser más práctica, pero ya está otra vez más loca que nunca...

—¡Ay bellaca!... —gruñó mamá Pilar.

La inglesa de cabeza de clown intervino con el horrible acento que la procuró en otro tiempo tantos triunfos.

—Bueno es amar, niña...; el amor es cosa buena... pero también se debe amar el dinero...; yo ahora, si fuera rica, no diría mi ruletero que soy fea, ¿no es cierto?... —Acometióla un raptó de furor, que elevó su voz hasta lo agudo: «¡Oh, era muy terrible aquello!... Haber sido célebre en el mundo, universal, conocida como un monumento, como un boulevard... tan conocida, que no habría un solo cochero miserable á quien se le dijera: «á casa de *Wilkie Cob*!» que no supiera en seguida dónde era. ¡Haber tenido príncipes á mis pies, y reyes, que si yo escupía, decían que era bonito mi salibajo!... Y ahora aquel bribón cochino no la quería por razón de su fealdad... y yo no tenía ni siquiera lo bastante para comprármelo para una noche».

Y exaltándose más ante la idea de que la considerasen como fea, se desabrochó el traje bruscamente.

—La cara, y es, lo concedo; pero esto, el pecho, los hombros... ¿Hay nada más blanco, ni más duro?...

Y mostraba con impudor su carne de bruja, que seguía siendo joven milagrosamente, después de treinta años de hoguera, rematada por su cabeza marchita y fúnebre desde la línea del cuello.

—Señoras, la lancha está lista... —gritó de Potter; y la inglesa, abrochando su traje sobre lo que de juventud le quedaba, murmuró con cómico desconsuelo:

—¡No puedo ir desnuda por la calle!...

En aquella decoración de *Lancredo*, donde la blancura coqueta de las quintas de recreo destacaba entre el nuevo verdor, con aquellas terrazas y aquellos céspedes que formaban marco al lago, refulgente de sol, ¡qué embarque fué el embarque de esta *Citerea* inválida; la ciega *Sombreuse*, y el clown viejo, y *Desfous* la paralítica, dejando en la estela del agua el perfume amizclado de sus pinturas!

Juan llevaba los remos, encorvada la espalda, avergonzado y desolado de que pudieran verle y atribuirle un bajo empleo en la siniestra barca alegórica. Felizmente tenía frente á él, para refrescar el corazón y la vista, á Fanny Legrand, sentada á popa, cerca del timón que regía de Potter; Fanny, cuya sonrisa jamás le pareció tan juvenil, sin duda por comparación.

—Cántanos algo, pequeña... —dijo la *Desfous*, á la que emperezaba la primavera. Con su voz expresiva y profunda, Fanny empezaba la barcarola de *Claudia* que el compositor, trastornado por aquel recuerdo de su gran triunfo primero, seguía imitando con la boca cerrada, la instrumentación de la orquesta, esa ondulación que hace correr por la melodía una á manera de luz del agua molida. A tal hora y con tal paisaje, era aquello delicioso. Des-

de una azotea vecina gritaron «bravo»; y el provenzal, remando á compás, tenía sed de aquella música en los labios de su querida, sentíase tentado de poner su boca en el mismo manantial de las notas y beber el sol con la cabeza echada hacia atrás, y para siempre.....

ALFONSO DAUDET.

LA ROSA

SONETO

Gentil emperatriz del bosque umbrío,
ufana te alzas entre gayas flores
con manto de purpúreos resplandores
y vistosa diadema de rocío.
Es tu humilde doncel el claro río,
tu paladín el sol, galán de amores;
celos dan á la aurora tus colores
y grata impresión al pecho mío.
Semejas á la llama en tu ardimiento,
dulce lucero del terráqueo suelo,
incienso celestial del raudo viento,
que al éter sube en vaporoso vuelo...
y lanzas al morir tierno lamento,
mustia elevando tu mirada al cielo.

Inedito.

P. CORDERO VELASCO.

SATURNALES FIN DE SIGLO

DICEN unos que la política de este gobierno es insensata. Opinan otros que marcha de acuerdo con la diplomacia moderna.

Razones de peso se aducen en pro y en contra.

Creen aquéllos que el honor de las armas españolas queda por los suelos, que el pactar con los insurrectos es una cobardía, y que es hacerles un honor innmerecido tratándolos de potencia á potencia.

Sostienen éstos que no puede ofender el decoro nacional la paz concertada con los sublevados, puesto que ellos mismos la han pedido.

Otra razón de más fuerza oponen éstos á los argumentos de aquéllos.

Todo el mundo sabe que los recursos ordinarios se han agotado; que los extraordinarios han tocado ó están tocando á su fin.

Todo el mundo ha reconocido, hasta los políticos profesionales, que era imposible la continuación de este orden de cosas, y no puede haber ninguna persona, por encariñada que estuviera con el sistema de la guerra por la guerra, que considerase un bien para el país la prolongación de su agonía.

Nadie ha desconocido últimamente la insuficiencia de las prácticas mantenidas por los conservadores hasta la promulgación de las reformas, y era lógico que pensasen en hacer concesiones á fin de acabar con lo que tanto horror causa á las madres y lo que tantos sacrificios cuesta á las naciones.

No hay duda que estos argumentos son incontrovertibles.

La guerra por la guerra no había de terminarse.

Digan lo que quieran los que se empeñan en mantener los más absurdos errores, la paz había de concertarla el gobier-

no liberal por los dos únicos medios factibles: previo un convenio como el de Zanjón ó Vergara, ó implantando las reformas con un espíritu ámpliamente liberal.

Los dos le han parecido buenos al gobierno de Sagasta y no ha dudado en aprovecharlos.

Ya lo ha hecho en Filipinas. Puede que el general Blanco no sea en esto tan afortunado como Primo de Rivera. Están en Cuba más duras de pelear, y no es tan fácil catequizar á Máximo Gómez como á Aguinaldo y Llaneras.

De todos modos, nosotros somos de los que confiamos en la eficacia de las reformas, y creemos que ellas solas bastan y sobran para desarmar la insurrección.

Pruébalo el accidente ocurrido con el valiente coronel Ruiz y el cabecilla Aranguren, fusilados por el titulado general Alejandro Rodríguez, al disponerse á regresar á la Habana con los presentados.

Los únicos que pedían la continuación de la guerra y la derogación de las reformas son aquellos que han hecho mercancía infame de los hombres, invocando á cada paso el patriotismo para encubrir miras codiciosas. Entre éstos están los constitucionales de Cuba, los reformistas de Romero Robledo y acaso los que siguen á Weyler.

Estamos conformes en que la paz lograda á fuerza de dinero, es una vergüenza.

Pero los que tanto hablan de ello son precisamente los que menos derecho tienen á protestar. Ellos defienden un régimen vicioso, y ahí es donde está el origen de todos nuestros males.

Hubieran empezado por conceder á Cuba y Filipinas lo que hace tantos años vienen pidiendo con pertinaz insistencia los republicanos, y no se hubiera dado nunca el grito de Baire ni los tagalos les hubiesen tal vez secundado.

Otros hubiesen negado las reformas hasta la terminación de la guerra, porque concederlas hoy, dicen, parece como que nos las han arrancado los insurrectos y las imposiciones de los jingoistas norteamericanos.

Justamente. No lo parece, sino que lo es. ¿Y qué se extrañan de ello? ¿No entraron en España los cien mil hijos de San Luiz á hacernos tragar el absolutismo de Fernando el Narizotas?

Tantos bofetones han recibido de manos extranjeras los gobiernos monárquicos de España, que ya no tienen cara donde recibir otros.

¿Una vergüenza más, qué importa al mundo?

No se asombren, pues, de la conducta que con nosotros observan los Estados Unidos.

Puede que á la vuelta de seis años, á seguir el régimen monárquico, tengan que colonizarnos los marroquíes.

FRANCISCO MACEÍN



MEISSONNIER.—EN LA VENTANA.

NOCHEBUENA

¡Bebed, bebed más vino!
que vuestros corazones
os brinden ilusiones
de dicha, de placer.
Gocéis, gocéis la noche
que llaman nochebuena,
y con la copa llena
cantéis, si, por doquier.

Bebed, bebed más vino,
que á vuestros pensamientos
no lleguen los lamentos,
ni el ¡ay! desgarrador.
Presidan vuestra fiesta
bellísimas mujeres,
hambrientas de placeres
brindando loco amor.

Rodando por el suelo,
de vino las botellas,
impúdicas doncellas
bailando en derredor.
Voluptuosas formas,
modelos de hermosura,
provoquen la locura
de lujurioso amor.

Por calles y plazuelas,
discurre presurosa
la turba bulliciosa,
gritando sin cesar;
al son de las guitarras,
de pitos, de tambores:
¿Quién piensa hoy en dolores?
¡No es noche de pensar!

Su blanca luz envía
la luna sonriente,
el aura dulcemente
suspira con placer.
Qué importan los gemidos
del alma que solloza
en la grandiosa choza
esclava del Poder.

FERMÍN PAGADIZÁBAL.

POLÉMICAS SOCIALISTAS

HAY tantas preocupaciones absurdas contra el socialismo, en general, que nos parece un primer deber de todos los socialistas trabajar para desvanecerlas.

Todos estamos igualmente interesados en esta labor, tanto los libertarios como los marxistas, ó nosotros los socialistas positivistas.

Por esto hemos apoyado á los marxistas cuando pedían que el Sr. Alas cumpliera su promesa y refutara el socialismo del gran Carlos Marx, porque estamos seguros de la completa derrota del famoso crítico. ¿Cómo defender el sistema capitalista contra la terrible crítica del autor del *Capital*?

Entendemos que enfrente del adversario común, somos aliados todas las tres corrientes indicadas del socialismo, y nos debe extrañar muchísimo si *La Lucha de Clases* de Bilbao nos censura por esta táctica nuestra, sólo por el motivo de que creemos perfectamente compatible ser socialista y á la vez entusiasta republicano de la Fusión. Si el correligionario de Bilbao quiere discutir esta compatibilidad, le seguiremos con nuestra cortesía acostumbrada, sin que por esto creamos indispensable caer en ataques personales de pésimo gusto. A los marxistas autoritarios de buena fe tratamos como á correligionarios, y nos negamos absolutamente á descender á disputas que sólo pueden servir á la reacción para desacreditar á los socialistas por desunidos y enemigos entre sí.

GERMINAL no tiene criterio cerrado de secta, y desde su primer número ha querido reflejar las tres corrientes principales, publicando artículos de literatos como Saverio Merlino, Enrique Malatesta, estudios de admiradores de Marx, como Delorme, Salas Antón, y de positivistas como Malón, Letourneau. Todos los redactores de nuestra revista comulgan en la filosofía positiva y están conformes en la crítica del capitalismo imperante; tanto Dicenta y los que en él nos abandonaron, como Salmerón y Bark, y los demás que quedaron. Las diferencias de criterio entre los artículos de redacción deben ser, por consiguiente, muy insignificantes, y si algún redactor las tenía, no había nunca dejado de firmarlo para recabar su responsabilidad personal.

Y dadas estas explicaciones al público, que no á *La Lucha de Clases*, de Bilbao, tenemos todavía que manifestar al periódico *iglesista* que perseveramos en nuestra creencia, de que sólo mediante la República es factible y viable el socialismo colectivista; y que como sólo en la fusión republicana vemos una fuerza poderosa capaz de derribar el régimen vergonzoso actual, con la Fusión republicana estamos y estaremos, desconfiando, como tantas veces tenemos dicho, de redentores risibles de la causa del proletariado, que no tienen otra política positiva que hacer la guerra á los republicanos.

De cuanto tiene asomos de calumnia estúpida y menguada, de las frases soeces que *La Lucha de Clases* nos dirige, no te-

nemos para qué hacernos cargo; como dijo Goethe «los ladridos de los perros sólo prueban que se va á caballo.»

La Lucha de Clases, discutiendo con GERMINAL, se declaró hace poco partidario de la República. GERMINAL estuvo al lado de los concejales socialistas de Bilbao. Hoy á los iglesistas les escuece el sentido político que GERMINAL representa. Pues... ¡consolarse!

Celebramos de veras que la tendencia de GERMINAL guste al colega de Bilbao de tal modo que copia nuestros artículos, y si no cita la procedencia, nos lo explicamos por la confianza entre correligionarios que le han defendido desinteresadamente cuando luchaba contra los Chavarrí y Compañía. Creemos que todo socialista sincero debe favorecer la propaganda del socialismo, y que sólo debe haber polémicas reposadas respecto á diferencias ó procedimientos entre las corrientes diversas de las escuelas sociológicas, y estas polémicas las creemos útiles y provechosas para los fines de la propaganda. Polémicas agresivas de carácter personal sólo pueden favorecer á nuestros adversarios comunes.

Que *La Lucha de Clases* diga si la corriente poderosísima iniciada por GERMINAL no ha contribuido muchísimo en despertar la conciencia de todas las clases y de la opinión general, con respecto á la cuestión social ¿Cómo puede entonces combatirnos un periódico socialista, que no persigue fines personales algunos? ¿No comprenderá que su actitud debe sorprendernos sobremanera?

CRONICA AL VUELO

¡Estamos en plenas Navidades!...

Lo cual quiere decir que nuestros tímpanos se hallan también en pleno tormento. El ruido de tambores, zambombas y rabeles, el vocear de los vendedores de turrón, de pavos y de otras mil especies, propias sólo de éstos días, hacen de las calles de Madrid una verdadera saturnal, como diría muy acertadamente mi querido compañero Paco Nadín.

Pero ¡ay! (perdóneme Castelar que invada su terreno) no es el ruido de la calle lo que más nos molesta, es el ruido de la campanilla de nuestras casas, que manejada por la mano vigorosa del carbonero, del sereno, del pocero y demás parientes, nos recuerda la malhadada costumbre del aguinaldo...

Y ahora que hablo de aguinaldo, no es malo el que nos ha dado el general más infeliz de nuestro ejército, Primo de Rivera. El hombre no sabía cómo dar un alegrón á España, y después de mucho pensarlo y consultar á los generales más caracterizados... le dió su ayuda de cámara la solución á aquel que ya iba considerando enigma indescifrable.

—Señorito—le dijo—yo creo que lo más propio en estos días era mandar á España el aguinaldo.

Primo de Rivera se quedó un momento confuso, sin saber qué responder, y llevándose la mano á la frente, exclamó lleno de emoción: ¡Eureka!

El sirviente fuese cabizbajo, creyendo que el general le había insultado.

—¡Excelente idea!—prosiguió Primo, —¡Aguinaldo!... ¡Aguinaldo!... Qué bien dijo Jesús: ¡Los últimos serán los primeros... en acertar!...

Y empezaron las conferencias con Aguinaldo y se mandó á la Península la noticia de la sumisión de éste; y los balcones de las casas de Madrid llenáronse de colgaduras, y el Tesoro quedó con setecientos mil pesos menos...

Y digo yo: ¿Para quién ha sido el aguinaldo, para España, para Primo de Rivera ó para Aguinaldo?...

¡Cuidado si tiene gracia el discurso pronunciado el pasado domingo en el círculo... vicioso del integrismo por Noce-dal!...

La concurrencia era selectísima. Curas de mucha tripa y poco seso, sacristanes de esos que llevan en la cabeza engrudo en lugar de masa encefálica, usureros beatos, que viene á ser lo mismo que si dijéramos pilletes refinados, y unos cuantos periodistas, que nos reíamos de los personajes anteriores y del orador.

Ahora bien. El discurso fué de esos que hacen llorar á la gente... por el que lo pronunció. Aquello no fué discurso, aquello fué un sermón de cuaresma de un pueblo sin Ayuntamiento.

Yo confieso que no pude oírlo por completo... tuve la debilidad de dormirme; supongo que mis compañeros harían lo mismo. La lata era inaguantable; todo se volvía sacar el Cristo para producir efecto, y nada, la sala parecía una casa de dormir...

En fin, que en España no habrá ilustración, ni orden, pero tenemos dos plagas que no nos las merecemos: Carulla y Noce-dal.

Los gallegos no quieren ser menos que los catalanes y piden la autonomía.

Y eso que el gobierno contestará á la petición de los gallegos, con el conocido verso de Ramón de la Cruz:

¡Ya te contentarás con dos pesetas!

Y al paso que vamos, ni aun ese consuelo les quedará, porque ni tendremos las dos pesetas, ni camisa la inmensa mayoría de los españoles.

JULIO POVEDA.

RASGOS

La muerte de Daudet es un tristísimo acontecimiento para el mundo de las letras. Su nombre y sus obras eran y son conocidísimas en España, donde se apreciaba extraordinariamente la ligereza y brillantez de su estilo, sus grandes dotes de novelista y literato.

Daudet era reaccionario en los últimos tiempos de su vida; pero era un exquisito artista que ha hecho pensar y sentir mucho á la generación joven de España, que quizás gustaba más del Daudet algo frívolo (excepto, quizá, en *Fromont y Risler*), que del robusto y vigoroso Zola.

GERMINAL publica en otro sitio unas preciosas páginas escogidas al azar de la novela *Safos*, y con respeto saluda el cadáver del ilustre novelista, á cuyo talento excepcional sólo se le puede rendir el homenaje que le tributaba Zola en el discurso que pronunció sobre la tumba. Este discurso procuraremos insertarlo en nuestro número próximo.

—♦♦—

Nos comunican de Salamanca:

«Los obreros en Salamanca preven un invierno aparejado de privaciones, de angustias y de necesidades materiales, porque ni hay obras en proyecto, ni los capitalistas en grande quieren proyectarlas.

Por ese motivo, y para que el hambre no se pueda imponer horriblemente y con todas sus negruras, el alcalde de este Ayuntamiento ha tenido que abrir una suscripción para que los productores de la riqueza tengan un pedazo de pan con que acallar los gritos de su inexorable pancreas, apelando a la filantropía de los ciudadanos salmantinos.

Algunos capitalistas corresponden también, que imitan a D. Pepito Mota, que supo regalar 11 000 pesetas en forma de estoque al *redentor taurino* y respetable Rafael Guerra, y que para conservar la vida de muchas familias ha dado ¡oh generosidad! 100 pesetas.

¡Vivan los toros!—Presencio J. Esculta.»

Bajo la dirección del catedrático Estrada, de Jijón, está agitándose también Asturias por la autonomía regional.

Copiamos del manifiesto los expresivos párrafos siguientes:

«Siendo esta provincia eminentemente agrícola, industrial y minera, queremos que las Cámaras regionales lleven al espíritu de las leyes todas las reformas sociales necesarias y convenientes al fomento y desarrollo de estas fuentes de riqueza natural, y a la dignificación de las clases trabajadoras, principal factor de su desenvolvimiento.

«A este objeto proponemos que los Poderes regionales funden, fomenten y auxilien la formación de asociaciones obreras, estableciendo Bancos públicos de crédito para estas asociaciones a quienes entregarán:

1.º Las tierras públicas; las que los propietarios hayan dejado incultas por más de cinco años; las que convenga expropiar y aquellas cuya propiedad no esté debidamente justificada.

2.º Los servicios y las obras públicas, aprovechamientos de aguas, etc.

3.º Sometidos a la inspección de comisiones obreras todos los talleres, fábricas y minas.

4.º Establecida la enseñanza pública gratuita y obligatoria, en su primero y segundo grado, creando para los obreros en todos los municipios escuelas prácticas de artes y oficios.

5.º Los Poderes regionales procurarán proteger toda riqueza pública, facilitándole de sus propios recursos caminos terrestres y pluviales, mercados para la circulación y todos aquellos medios que sean conducentes al máximo desarrollo de aquella riqueza.»

Con gracejo se burla Rodrigo Soriano de las ridiculeces de nuestros colegas de París.

«Si su arte es ordinario, poco menos que os recibe echando por la boca culebras y sapos; si «hace orientalismo», se disfraza de moro, de egipcio ó de indio bravo; si presume de bohemio, vístese intencionadamente de andrajos: se estudia el peinado, la barba, la voz, las posturas. Zola recibe a sus visitantes con zuecos y gorro aldeano; Richepín envuelto en fulgurante bata roja; á Goncourt se le veía entre pergaminos y porcelanas impasible, como un cachivache más de su colección; el Sar Peladan corre París vestido de asirio; Verlaine presumía de borracho y de presidario...

Raro, extravagante, ¿verdad? Supóngase que nuestros escritores populares é ilustres fuesen franceses. Pues D. Pedro A. de Alarcón, moro por los cuatro costados, hubiérase retratado con albornoz y caftán; Pereda recibiría en Polanco medio disfrazado de montañés; López Silva recorrería esas calles de Dios vestido de corto, y Clarín, después de sus notables conferencias sobre el misticismo pronunciadas en el Ateneo, debiera escoger un disfraz copiado de las tablas de Fra Angélico.»

Por desgracia nos sobran las sotanas de Fra Angélico y de toda clase.

Somos tan hipócritas, que usamos cada uno nuestro traje propio, pues la mayoría de nuestros políticos iría con sotana ó traje de arlequín.

Y esto se llama «seriedad nacional».

La Unión Republicana, de Pontevedra, apoya al *Telegrama*, de la Coruña, en la exigencia que el Regionalismo aplicado á las Antillas sea extendida también á la Península.

«Creemos haber demostrado cuán palpable es el derecho que á las regiones peninsulares asiste, á que el Gobierno les otorgue la autonomía de igual suerte que la concedió á la isla de Cuba, y parécenos también haber patentizado que Galicia es, sino la primera, una de las que con más razón pueden aspirar al régimen autónómico.»

Propone nuestro querido colega la organización de una *Junta Regional Gallega*, donde tengan representación todas las fuerzas vivas de las cuatro provincias.

El partido republicano, que siempre ha llevado el Regionalismo en su bandera, apoyará estas nobles aspiraciones de Galicia.

El general Weyler se complace en representar el papel de la X desconocida de la filosofía de Spencer, recibiendo á los carlistas y algunos republicanos.

Todo el mundo le presta intenciones dignas de un Talleyrand. Sus amigos particulares Ismoy y Corominas preguntan en *La Publicidad*: «¿Cabe deducir que sea ya un prisionero de guerra del señor Romero Robledo, y reducido al simple papel de comparsa, como otro López Domínguez, sin perspicacia y sin carácter?»

A esto añade el Sr. Morayta sentenciosamente:

«Hoy por hoy, las gentes se fijan en que todo concurre á creer que el general Weyler viene á ocupar el puesto de jefe que el Sr. Romero Robledo ocupa interinamente, según dijo en su discurso de la noche del día 19.»

De otra parte, entonó cánticos el Sr. Necedal en la *Asociación Integrata*.

Y Weyler sigue... el *Moltke* español.

En el restaurant Martín, de Barcelona, se ha celebrado días pasados un banquete para obsequiar al distinguido abogado D. José María Serrallara, defensor de Sempau Barril, autor del atentado contra los jefes de policía judicial, Sres. Portas y Teixidor.

Entre los comensales, que eran doscientos, figuraba la plana mayor del partido de fusión republicana en que milita el obsequiado y muchos ilustres abogados de este Colegio.

Al descorcharse el *Champagne* se leyeron numerosos telegramas de distintas poblaciones adhiriéndose al acto y felicitando al Sr. Serrallara.

También se leyó una carta del Sr. Sempau Berenguer, padre del procesado, demostrando su gratitud por cuanto el referido abogado ha hecho en obsequio de su hijo.

Brindaron después muchos comensales, entre ellos los Sres. Pasarell, Tomás, Codina, Vidal, Juney, el concejal Sr. Martínez y los Sres. Corominas y Sol y Ortega.

La síntesis de los discursos fué de felicitación al Sr. Serrallara por haber tenido valor y energía suficientes para luchar contra los obstáculos que se oponían hasta arrancar del fuero militar la causa instruída contra Sempau.

Se tributaron calurosos aplausos al Tribunal Supremo por haber resuelto la cuestión de competencia á favor de los tribunales civiles.

Ahora que se intenta celebrar un Congreso cooperativo español, nos parece oportuno reproducir la siguiente estadística que, con otras interesantes, publica la *Gaceta de la Banca*.

El número de los sindicatos profesionales era en la República francesa el año 1884, de 175; en 1888 había 2.123; en 1891, 3.253; en 1894, 4.965, y en 1895, 5.146. El número de los adheridos era de 481.433 en 1891, de 933.228 en 1894 y de 979.098 en 1895.

Las Bolsas del trabajo eran en número de 37, con 658 sindicatos y 73.359 adheridos en 1894. En 1895 no había más que 34; pero el número de sindicatos adherentes era el de 686, con 199.382 obreros. Los sindicatos patronales tienen 124 periódicos, 97 agencias de colocaciones, 73 bibliotecas, 64 cajas de socorros mutuos, 16 escuelas profesionales y 9 cajas de retiro. Desde 1894 existen 102 sindicatos médicos, que tienen por objeto la salvaguardia y protección de sus intereses y establecer una tarifa mínima para las visitas y consultas. Los sindicatos obreros tienen también diversas instituciones, de las cuales las más importantes son las bibliotecas; 419 cajas de socorros mutuos, 297 agencias de colocación, 295 cursos profesionales, 113 socorros de camino, 192 cajas de descanso, 94 cajas de previsión, 43 periódicos y boletines, 42 sociedades cooperativas de consumo, 36 cajas de retiro y 30 sociedades de producción.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Castellón.—Sr. D. F. S.—Recibidas 5,70 pesetas y ejemplares devueltos. Se le remiten quince ejemplares y los recibirá el viernes.

León.—Sr. D. F. S.—Rebajados 3. (No) se recibieron los ejemplares devueltos (20). (Espero) carta que anuncia.

Nerva.—Sr. D. R. D.—En esta Administración no se ha recibido ninguna carta de Ud. ni paquete devuelto. Escribiré. Queda suspendido envío paquete.

Oviedo.—Sr. D. M. F. P.—Conforme con la cuenta de su liquidación. La carta que Ud. recibió era una circular que se le remitió á Ud. por error, pues está usted al corriente con esta Administración hasta fin de Noviembre pasado.

Baza.—Sr. D. J. P. R.—Le remito diez ejemplares desde este número hasta nuevo aviso.

Reus.—Sr. D. P. T.—Esperaré su liquidación á fin de año. Le envío números que pide, pero no podré servir más el núm. 1 y el 19, que están agotados. No recuerdo á qué libro se refiere; tenga la bondad de recordármelo.

Sabadell.—Sr. D. J. M.—Se le envió á Vd. el paquete del núm. 32 como de costumbre; diga si desea se le envíe de nuevo. Le escribiré sobre la liquidación.

Sevilla.—Sr. D. J. B. F.—Se le remiten números que pide al precio de 0,15 cada ejemplar. Puede remitir directamente importe á esta Administración.

Irún.—Sra. D. V. J.—Tomada nota de las señas que indica, que no se conocían en esta Administración. Se le mandan ocho ejemplares hasta nuevo aviso.

Vigo.—Sr. D. V. P. Ch.—Se le remite periódico á la dirección que indica. No existía su nombre de Ud. en esta Administración.

San Pedro de Tarrasa.—Sr. D. T. T.—Le remito liquidación hasta número 32 inclusive. Pronto nos ocuparemos de los carteles.

León.—Sr. D. F. S.—Recibidas 10 pesetas, con lo cual tiene saldado hasta número 31 inclusive.

Mataró.—Sr. D. R. P.—En esta Administración no se tenía noticia de la carta á que alude en la suya. Recibido paquete números devueltos. Escribo. Le remito sólo seis ejemplares.

Bilbao.—Sres. J. y Compañía.—Le remito liquidación hasta número 32 inclusive. El paquete lo recibirá los viernes.

Valls.—Sr. D. P. S.—Recibidas 21,50; conforme con la cuenta; diga domicilio del señor á quien debemos dirigir paquete. Gracias por sus recuerdos. Tomado nota de todo.

Gerona.—Sr. D. C. R.—Se le remiten seis ejemplares. Paquete devuelto (se ha) recibido. Aguardamos la liquidación.

Dálias.—Sr. D. L. L. L.—Le envío número 1, así como los 31 y 32; le enviaré los folletos que me pide á principios de año y la liquidación.

San Sebastián.—Sra. D.ª M. de A.—Recibida liquidación hasta 3 Diciembre; supongo habrá recibido carta.

Calatayud.—Sr. D. G. G.—Remitiré liquidación hasta fin de año.

Madrid.—Sr. D. L. A. B.—Se insertarán algunas de las poesías que me manda.